

● Pascal Bruckner conjura los demonios familiares en una perturbadora narración autobiográfica donde revela una parte desconocida de su pasado

# Contra el padre

## UN BUEN HIJO

**Pascal Bruckner.** Trad. Lluís Maria Todó. Introd. Juan Manuel Bonet. Impedimenta. Madrid, 2015. 224 páginas. 19,95 euros

### Ignacio F. Garmendia

Aunque ya no irradie el magnetismo de antaño, la cultura francesa tiene la virtud de producir, si cabe expresarlo de este modo, figuras complejas, contradictorias, impredecibles, que no son fáciles de encasillar ni de interpretar de acuerdo con los modelos biempensantes. Discípulo de Barthes y Jakélévitch, Pascal Bruckner inició su trayectoria de la mano de los “nuevos filósofos” –Glucksmann, Lévy o Finkielkraut, “hermano espiritual” junto al que escribió, todavía en los setenta, *El nuevo desorden amoroso*– y ha dejado muestras de

su voluntad provocadora tanto en los ensayos, polémicos, intempestivos, nada complacientes con los lugares comunes entre los que reposan o se tean los profesionales del compromiso, como en las novelas, con títulos tan celebrados en este último terreno como *Lunas de hiel* (1981) o *Los ladrones de belleza* (1997). Su nueva entrega, *Un buen hijo*, publicada el año pasado y ya disponible en la edición española de Impedimenta, no es propiamente una novela, sino un descarnado relato autobiográfico donde el autor aborda la tormentosa relación que lo unió o desunió a su padre, una figura abyecta, verdaderamente abominable.

De “quest’ terrible” habla el prologuista Juan Manuel Bonet, que inscribe la memoria de

Bruckner en la estela de los testimonios escritos por otros hijos de antiguos ‘collabos’ o simpatizantes del Nuevo Orden instaurado por los nazis en los territorios ocupados, que en el caso de Francia, como es sabido, no fueron pocos ni escasamente entusiasmados. Devoto hitleriano, y como tal racista y antisemita, el padre de Bruckner –fallecido dos años antes de que el autor emprendiera



El narrador, filósofo y ensayista Pascal Bruckner (París, 1948).

la redacción de estas páginas– no dejó nunca de suscribir el credo nocivo que había abrazado en los “años negros”, aunque pasaría también por una etapa de simpatía hacia la extrema izquierda, y su ferocidad se reflejaba en el trato con su hijo único o hacia su mujer, la madre del escritor, una esposa autoinmolada –“se castigaba para castigar”, compartiendo de hecho las ideas tóxicas de

su verdugo– a la que aquel despreciaba y maltrató como un vulgar tirano. Era al mismo tiempo un hombre culto, ingeniero de profesión, que durante la guerra había trabajado para la Siemens en Alemania y Austria, aunque luego alegraría, para eludir la depuración, que lo había hecho como uno de los cientos de miles de trabajadores forzosos. Tenía raíces germánicas, apoyó con fervor

odio –“era como esos insectos que se quedan atrapados en el papel pegajoso, adherido al objeto de su cólera”–, con el que pese a todo no deja de tratar hasta el último momento. Hablando de él, Bruckner se explica a sí mismo por contraste y repasa sus edades sin sombra de autoindulgencia: “¿Soy yo mejor que mis padres? He evitado sus errores y he cometido otros”. Y lo mismo a la hora de enfrenar el legado de sus padres espirituales o de recordar los años de formación, marcados por la resaca del 68. Del rencor permanente, nos dice, lo salvaron los libros y el ejercicio de la creación sin ataduras, a lo que se dedican algunos de los pocos pasajes celebratorios de una evocación que llega a ser asfixiante como un gas venenoso. Del contacto con la podredumbre nace el deseo de alejarse de ella: “Mi padre me permitió pensar mejor pensando contra él. Yo soy su derrota: ese es el regalo más hermoso que me hizo”. Hay valor, generosidad y grandeza en esta semblanza demoledora que muestra sin pudor las heridas y combate el autoritarismo en carne propia.

de los gozos aquí consignados, en su mayoría sencillos o bastante asequibles, pero no sólo se habla de ellos –besos o bicicletas, flores o espejos– en este singular compendio cuyo tema de fondo, que abarca las lágrimas o el suicidio, apunta a la rica variedad de la experiencia humana. Escritores, sobre todo, mayoritaria pero no únicamente franceses, son la materia prima de la que Scaraffia extrae sus píldoras, de un modo abigarrado que recuerda a los libros de autoayuda pe-

En esta demoledora semblanza el autor combate el totalitarismo en carne propia

odio –“era como esos insectos que se quedan atrapados en el papel pegajoso, adherido al objeto de su cólera”–, con el que pese a todo no deja de tratar hasta el último momento. Hablando de él, Bruckner se explica a sí mismo por contraste y repasa sus edades sin sombra de autoindulgencia: “¿Soy yo mejor que mis padres? He evitado sus errores y he cometido otros”. Y lo mismo a la hora de enfrenar el legado de sus padres espirituales o de recordar los años de formación, marcados por la resaca del 68. Del rencor permanente, nos dice, lo salvaron los libros y el ejercicio de la creación sin ataduras, a lo que se dedican algunos de los pocos pasajes celebratorios de una evocación que llega a ser asfixiante como un gas venenoso. Del contacto con la podredumbre nace el deseo de alejarse de ella: “Mi padre me permitió pensar mejor pensando contra él. Yo soy su derrota: ese es el regalo más hermoso que me hizo”. Hay valor, generosidad y grandeza en esta semblanza demoledora que muestra sin pudor las heridas y combate el autoritarismo en carne propia.

ro no cae, al contrario que estos, en la banalidad descerebrada. La elegancia de la escritura, la ironía o la sabiduría sentenciosa, pero ligera, confieren altura a un empeño que en manos menos expertas o más rutinarias habría quedado en colección de anécdotas. Hablando de otros, el autor habla de sí mismo y habla de cualquiera, de la combinación de dolores y alegrías que aparecen en cualquier itinerario, de los pequeños detalles que hacen que vivirlo merezca la pena. No hay consejos expresos ni recetas salvíficas. En una de las mil citas recogidas por Scaraffia, dice Renard que la única felicidad consiste en buscarla.

## LOS GRANDES PLACERES

**Giuseppe Scaraffia.** Trad. Julio Carroles. Periférica. Cáceres, 2015. 256 páginas. 18,90 euros

### I. F. Garmendia

Doctorado en filosofía y profesor de literatura francesa en la Universidad La Sapienza de Roma, Giuseppe Scaraffia cultiva una forma de erudición amable, nada especulativa, repleta de referencias libreas pero muy apegada a la vida. A su único libro traducido en España, *Diccionario del dandi*, se suma ahora este otro donde el italiano combina el relato con la reflexión sobre objetos o hábitos cotidianos que ha-

# La única felicidad

cen de aquella algo no sólo verdadero, sino disfrutable, conforme a una visión bienhumorada de raíz hedonista. Moviéndose con agilidad entre los jardines ajenos, el ensayista recurre a un repertorio de bien escogidas citas que se presentan casi encadenadas o alternándose con episodios biográficos mínimos pero representativos, hilados en un discurso que apenas deja hueco a la glosa –se habla al comienzo de “amueblar el vacío”: Scaraffia lo hace con las vidas o las palabras

de otros– y gira en torno a una serie de términos o conceptos, cincuenta y ocho, dispuestos en orden alfabético.

La traducción castellana del título –el original dice *I piaceri dei grandi*, donde el adjetivo se refiere no a los placeres sino a quienes los experimentaron– puede llamar a engaño respecto al género



de otros– y gira en torno a una serie de términos o conceptos, cincuenta y ocho, dispuestos en orden alfabético.